

GACETA MEDICA DE MEXICO

INFORMACION ACADEMICA

Doctor Salvador Aceves In memoriam

FELIPE MENDOZA*

Me corresponde el doloroso encargo de repasar con ustedes la vida ejemplar de mi maestro, el doctor Salvador Aceves. Difícil empeño, porque tuve la fortuna de vivir cerca de él durante casi cuarenta años, desde que asistíamos fielmente a sus admirables lecciones de patología cardiovascular en nuestra recordada sede de Santo Domingo, hasta pocos días antes de su breve padecimiento final.

No haré exploración minuciosa porque no podría ceñirme al tiempo que marcan nuestros reglamentos. Recordaré algunos hitos de su recorrido entre nosotros y ciertos rasgos, para mí los más distintivos de su personalidad.

Nació al iniciarse el siglo, en 1904, en una familia, reciamente enraizada en el campo, de aquellas que Salvador Azuela dijo alguna vez que formaron la aristocracia cívica iniciadora de la revolución mexicana, con participación en la lucha sin el menor asomo de lucro. Su padre murió fusilado inicuamente y dos de sus hermanos cayeron en la gesta revolucionaria.

Vivió su adolescencia en la alborada cultural mexicana de los años veinte, con Ramón López Velarde apenas desaparecido en el 21, la presencia cercana de Enrique González Martínez y la plenitud magistral de don Antonio Caso; cuando Manuel M.

Ponce daba dimensiones internacionales a nuestra música, los pinceles de Clemente Orozco y de Diego Rivera consagraban en definitiva el ecumenismo del arte mexicano y José Vasconcelos, desde la Secretaría de Educación Pública, lanzaba los clásicos por todos los caminos de México.

Desde entonces, el joven Salvador Aceves Parra destacó como estudiante distinguidísimo en las letras, en la historia y en la filosofía, además de ser ya sobresaliente en disciplinas más específicas de su futura actividad médica.

Con el apoyo de su hermano, que vino a ser su segundo padre, inició sus estudios médicos en París. El infortunio lo abatió con una hemorragia cerebral y lo hizo volver a su tierra natal. Allí, en La Piedad de Cabadas, que para otro cualquiera de temple menos firme hubiese sido el lecho blando donde llorar su desgracia, se rehizo por entero, cumpliendo de paso en forma ejemplar, como presidente municipal, sus deberes ciudadanos.

En 1928 reanudó, en nuestra facultad, los estudios médicos interrumpidos. Tal era el ascendiente que tenía sobre todos sus compañeros, que fue el primer estudiante designado ante el Consejo Universitario en aquel año convulso de 1929.

En 1933, año memorable por la transformación radical de la Facultad de Medicina en su centenario, inicia la carrera docente como ayudante de Clínica Propedéutica Médica, transcurrido apenas un año

* Académico numerario. Instituto Nacional de Cardiología.

de haber recibido el espaldarazo profesional. En 1936 es nombrado profesor de Patología Médica y para 1944 ocupa por derecho propio la cátedra del II Curso de Clínica Médica, que sólo abandonará para dar mejor cumplimiento a un llamado de la Presidencia de la República. Colabora así con el Ejecutivo en la Secretaría de Salubridad y Asistencia, desde donde logra una renovación substancial de nuestros hospitales más tradicionalmente encargados del servicio asistencial y de la formación de los médicos del país.

Pero volvamos atrás y reanudemos las brillantes efemérides. Con dotes e inclinación manifiestas por la medicina interna, centradas en la cardiología, se incorpora como miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Cardiología en mayo de 1935 y poco después, con sólo seis años de investidura médica, conquista por oposición, imborrable para muchos de nosotros, la jefatura de un Servicio de Medicina Interna en el Hospital General, que vivía entonces una de sus mejores épocas.

Al frente del Pabellón 9 capitaneaba a una pléyade de jóvenes valores que abre brechas en hematología, gastroenterología, reumatología, neurología, endocrinología, hasta hacer de aquel servicio un verdadero centro de gravitación de la medicina interna del Hospital General.

Al mismo tiempo y en relación cada vez más estrecha con el maestro Ignacio Chávez, constituye uno de los elementos más decisivos del grupo que planea y organiza y por fin logra hacer realidad una institución que, en aquel entonces, parecía a muchos mero ejercicio quimérico de la imaginación, el Instituto Nacional de Cardiología.

En él alcanza su plenitud de médico y de maestro y se desbordan sus dotes de varón ejemplar. El Servicio de Cardiología de Hombres, que tuvo a su cargo de 1944 a 1961, polarizó a las sucesivas generaciones de médicos de todos los continentes que aflúan a la joven institución cardiológica mexicana, abanderada en la vanguardia médica internacional.

Al ejercicio diario de la clínica, depurado y tenaz, le confirió una maciza elegancia que a todos seducía, particularmente cuando era corroborado en sus conclusiones en las sesiones anatomoclínicas, para las que su contribución aguerrida era fundamental.

Desarrolló y multiplicó los trabajos de investigación iniciados en el almacigo del Pabellón 9 y sobre todo, catalizó la inquietud de muchos y la supo llevar por cauces bien orientados para lograr un sinnúmero de piezas de investigación que enriquecen hasta hoy la literatura cardiológica.

Durante cuatro años que tuvo a su cargo la Dirección del Instituto Nacional de Cardiología, de 1961 a 1965, pese a circunstancias adversas, logró dotarlo

de espléndidos equipos para angiocardiógrafa, inició el estudio profundo y amplio de la función pulmonar, modernizó los quirófanos puso en marcha una bien organizada unidad de terapia intensiva postoperatoria, mejoró substancialmente los servicios de consulta externa y dio pasos definitivos para que el Instituto contara con un gabinete de microscopía electrónica.

No seguiré en esta exploración de un territorio siempre abierto. Prefiero detenerme para contemplar en su conjunto la vida y obra de don Salvador Aceves, que aparece extrañamente similar a la de aquel preclaro irlandés que, con Adams, Colles, Graves, Corrigan y Cheyne, dio fama impercibible a la escuela de Dublin, Sir William Stokes, cuya vida también duró sólo 74 años, un siglo antes, de 1804 a 1878.

Como el irlandés, formó parte de un grupo ilustre que transformó el ejercicio de la medicina y su enseñanza; como él, supo reconocer sin regateos los merecimientos de los demás. Fue médico de espíritu inquisitivo y alerta, altamente respetado como consultor, admirado y querido por sus colegas y sobre todo, por sus enfermos, ricos y pobres, para quienes resultaba carismático. También, como el internista del Meath Hospital de Dublin, llegó a la excelencia como maestro a la cabecera del enfermo. Ambos fueron de refinada cultura y amantes de la historia, la música, la literatura y el arte en general. Tanto del uno como del otro puede afirmarse, con Herrick, que "su influencia sobre el ejercicio de la medicina y la enseñanza se debió tanto a su personalidad atractiva como a sus logros académicos y científicos".

Pero más allá de esas características sobresalientes del maestro Salvador Aceves, sostenidas por un claro talento, había en él tal reciedumbre de carácter, sin quebranto ante múltiples golpes del infortunio, tal y tan enhiesta integridad moral, tan apasionada disposición por cuanto fuera justo y levantado y era tal su denuedo en combatir entuertos y desmanes, que fue guía y ejemplo de alumnos, compañeros y aun maestros.

Varón singular de inconfundible acento mexicano, le fueron conaturales la sencillez y la templanza. Como aquel Marco Catón a quien miraban los romanos como un prodigio, era al mismo tiempo "gracioso y vehemente, dulce y penetrante, adornado y grave, sentencioso y polémico".

Ingresó a esta ilustre Corporación en el año de 1940, rigió sus destinos como presidente de 1952 a 1953 y contó siempre entre sus miembros cimeros. Entra ahora a su esclarecida genealogía como paradigma del varón íntegro que sabe ser médico con excelencia.